

Eunice Odio

Max Jiménez ha muerto ⁽¹⁾



ESPERADME,
Que entierre a mi muerto
Ya regreso,
pero después de haber ido
con la noche a la altura del hombro,
no más arriba que mis ilusiones.

Después de entrar a saco
por la última esquina del sonido
como una campana colérica
que afirmara
su estatura profunda en el vacío

Porque no es posible que nos falte,
de pronto,
dónde trazar el golpe de un abrazo,

(1) Hace pocos meses murió en Buenos Aires, después de haber convivido con nosotros, el novelista, poeta y pintor costarricense, Max Jiménez. Fué uno de los más brillantes artistas centroamericanos por su fuerza desgarrada, su intenso sentido humano, su sensibilidad y su talento. Hoy damos un poema de la poetisa costarricense Eunice Odio en el que despi- de a su amigo.—N. de la D.

y después te traigan
entre olores manchados,
entre cirios,
y entre otros animales celestes y turbados.

Con una carcajada de hoja en la rodilla
y un resquemor de liquen royéndote los brazos.

Y nosotros,
aquí,
buscándote,
agolpada la voz
al cabo de todos los caminos.

Ah,
Hermano,
Camarada.

Tú eres el que no cayó solo,
porque contigo ha resbalado inmensamente,
al chocar de tu voz,
mi pálida intemperie traspasada,
mi condición extensa de animal unánime y caído
al comienzo casual de tu silencio.

Clima de vegetales clausurados, ah, tu mano
de paz enajenada

Y tu ojo de altura y resistencia

Cómo partir ahora el pan,
en salud,
en guerra,
en alegría,

sin tu cruel mansedumbre
junto a los alimentos y los pájaros.

Cómo ir,
ahora,
al orden perturbado de la tierra,

a la orilla cardial de tu mujer
que termina de llorar en los párpados.

Si estamos casi al borde de amarte más que nunca,
y conmovernos brutalmente
como un manojo de montes
en libertad de vegetar
y de morir.

Dónde ir ahora y viajar por tu sonrisa
dando golpes de sueño y de verano.

Con esta vocación de escalofrío
y esta pesada longitud de sombra.

Dónde poner mi claridad cayendo de sí misma
y sollozando por los cuatro costados que te nombran,
ya más arriba de tu frente consumada,

mucho más cerca, sí,
de tu caerte a plomo
como una dulce grey de edificios en marcha
con niños derribados y violines,
y con el corazón a pie
como si hubieras muerto
y no hallara más pecho para la soledad.

Como si huyeras por la última esquina del sonido
en tanta cruel profundidad,
que llego, apenas hasta tu caída,
hasta tu forma en mi alma derrumbada.

Como si hubieras muerto

dejadme así llorando entre mis brazos.

Espeso el grito tierno y enterrado.

Esperadme a que entierre a mi muerto.

Ya regreso

El corazón a pie
con el vacío.